

¡AGRUPEMONOS

VOLUMEN 31, EDICIÓN 4 • JULIO-AGOSTO 2021

RALLYCOMRADES.LRNA.ORG • \$1 DONACIÓN

LA VOZ DE LA LIGA DE REVOLUCIONARIOS POR UNA NUEVA AMÉRICA

Camaradas!

Lecciones de la Pandemia

Hacia una Transformación Completa del Sistema de Salud

Hace más de un año, un público sin mascarilla veía, aturdido, los anaqueles de los supermercados vacíos. Se empezó a cuestionar la comercialización de las relaciones y necesidades humanas cuando de momento había millones sin trabajo demandando acceso a alimentos y cuidado médico, vivienda para los desempleados, la suspensión de evicciones y los cortes del agua y la cancelación del pago de deudas. Las condiciones peligrosas requerían liberar presos y cerrar los centros de detención de ICE.

La necesidad a nivel global de colaborar, coordinar y administrar los bienes y servicios en base a la necesidad impulsó el desafío revolucionario del papel que desempeña el gobierno. La administración de Trump encabezó la embestida global contra esas esperanzas, ignorando la evidencia científica, protegiendo a toda costa la seguridad del capital transnacional y respaldando la supremacía de los blancos y su nacionalismo racista.

Un año después, a pesar de un cambio en la retórica del gobierno y algunas medidas de “ayuda” temporales, los organismos gubernamentales siguen incapaces de mantener una recuperación equitativa. Para seguir adelante, hay que pedir cuentas a los responsables de cientos de miles de muertes, negándose a distribuir recursos necesarios, canalizando fondos a corporaciones, mintiendo y ocultando información indispensable, perjudicando más a las comunidades afroamericanas, hispanas e indígenas. La revelación tardía de la verdad por la Dr. Deborah Birx, encargada en la Casa Blanca de manejar la crisis, muestra la depravación de las medidas gubernamentales: “Hubo unas cien mil muertes en la primera oleada. Para mí, las demás, pudiera haberse evitado o reducido bastante”.

LAS RAÍCES DE DESIGUALDAD EN EL SISTEMA MÉDICO DE EE.UU.

No es sólo que EE.UU. gasta menos del 3% de los \$3.6 trillones destinados a la atención médica en medidas de salud pública. Es la incompatibilidad inherente de un sistema de salud privado en medio de una pandemia pública. Hasta la palabra “recuperación” de la sociedad (“recuperar la salud”) es inadecuada en estos tiempos de creciente y extrema polarización entre riqueza y pobreza. Fue, en primer lugar, la privatización corporativa sobre las decisiones y de las cadenas de distribución que causó esta pandemia.

Un cuadro del sistema médico del Sur



Ciudad de Nueva York: Monumento a los niños inmigrantes asesinados durante la crisis actual en la frontera sur en una protesta contra las políticas del presidente Trump.

Christopher Penler/Shutterstock

de EE.UU. nos muestra todo un mundo de dolor. Antes de la pandemia, los sureños representaban más del 30% de todas las muertes evitables debido al cáncer, enfermedades del corazón o los pulmones y derrames cerebrales. El 60% de los cierres de hospitales rurales y la mitad de los cierres de clínicas subvencionadas por el gobierno federal están en el Sur. El 92% de la gente no cubierta con la expansión de Medicaid se encuentra en estados sureños. De los diez estados con las más altas tasas de mortalidad maternal, cinco son del Sur. Las mujeres afroamericanas mueren a un ritmo 3 a 4 veces mayor que las mujeres blancas.

La supremacía blanca inherente en el fracturado sistema médico tiene sus raíces, en primer lugar, en la atroz “cría” de mujeres esclavas como mano de obra y luego, escribe Harriet Washington, “para 1941, se había esterilizado obligatoriamente de 70,000 a 100,000 norteamericanas”, mayormente mujeres de color, al rendirse superfluo su trabajo por la mecanización industrial de los campos agrícolas y las fábricas. El sistema médico público ha servido al capitalismo antes y después de la esclavitud.

Con la pandemia del coronavirus, los trabajadores se volvieron a la vez imprescindibles y dispensables. El daño fue aun más cruel para el personal de salud, sufriendo más de 3,600 muertes

documentadas, dos terceras partes de las cuales eran de mujeres de color, muchas de ellas inmigrantes de primera generación. Sufriendo desproporcionadamente del desempleo y empleos de primera línea con bajos ingresos, la mujer está inmersa en el torbellino de disparidades extremas que traen la explotación y la opresión basadas en raza, clase social y género. Además, es responsable desproporcionadamente por la educación en línea de sus hijos y de proteger a sus padres mayores de la enfermedad y la muerte. La exposición a los virus y la esterilización sin consentimiento de mujeres inmigrantes en el Georiga Irwin County ICE Detention Center pone de relieve lo poco que ha cambiado.

DISTRIBUCIÓN DE VACUNAS

El horrendo costo de la pandemia en EE.UU., con menos de 4% de la población mundial pero el 25% de los casos, va aun más allá. La falta de acceso a la vacuna globalmente es un llamamiento para un nuevo mundo, ambos posible y necesario. Los países de altos ingresos, representando 1/5 parte de la población global, son dueños de la mitad de las vacunas adquiridas. Sin ninguna intervención, podrían pasar años antes de lograrse la vacunación global, si es que se logra. La negativa a ceder patentes privadas para la vacuna es prueba del predominio de

la propiedad corporativa sobre la vida misma. Sólo se ha administrado el 0.1% de la vacuna en los países de bajos ingresos. Hasta la fecha, Norteamérica y Europa han acaparado el 57% de todas las vacunaciones.

El arreglo de “vacunas por información” le permitió a Israel almacenar las vacunas e inocular rápidamente a sus ciudadanos a cambio de darle acceso a Pfizer a su gran base de datos relativos a la salud, pero se niegan a vacunar a todos los Palestinos. Mientras tanto, los países ricos y tecnológicamente avanzados discuten la posibilidad de tener “pasaportes de vacunación”. Mundialmente, los inmigrantes y refugiados enfrentan enormes obstáculos para vacunarse. La imposición a los inmigrantes del requisito de pasaportes de vacunación y las aplicaciones móviles para pasaportes dan lugar a nuevas formas de injusticia y vigilancia, y dejar los adelantos tecnológicos en manos de los dueños corporativos reafirma los privilegios de clase.

Una vez más, el sur de EE.UU. es muy revelador. En Mississippi, 40% de las muertes por COVID-19 son de personas afroamericanas, pero sólo el 29% de las vacunas son para la gente afroamericana, comparado con el 62% para los blancos. Es igual por toda la zona rural del sur. En Alabama, una década de recortes al presupuesto de salud pública ha causado una reducción de 35% del personal en los departamentos de salud de los condados y, en consecuencia, se administra la vacuna sólo una vez a la semana. El cuento de que esto se debe a “las dudas” de la gente oculta la realidad de la supremacía blanca en el ámbito de la atención médica (falta de acceso al transporte, requisitos de hacer citas en línea—aun faltando el Internet, falta de una estructura de salud pública confiable).

La muerte por COVID-19 de la doctora afroamericana Susan Moore fue noticia difundida a nivel nacional por la forma racista en que se ignoraron sus síntomas—debido a su raza. Esta es una experiencia común para la gente de color ante “el complejo médico-industrial”. Dado los prejuicios, barreras y rechazos, un sistema de salud pública efectivo no trata sólo de vacunas, sino de una transformación total hacia información clara y precisa, transporte gratuito, cuidado a domicilio, personal de atención médica basado en la comunidad, un ambiente libre de

Continúa en la página 2

La Verdadera Justicia, Más Allá de las Limitaciones del Pasado

Todo país cuenta su propia historia. Una de las nociones clave en nuestra historia es que “la revolución inacabada” se puede completar si sólo trabajamos y luchamos lo suficiente y buscamos el cambio mediante el sistema legal y político. De hecho, esta idea se ha generalizado por todas partes del mundo y sigue siendo un aspecto crítico de toda lucha por la justicia social, incluso la de pedir cuentas a la clase gobernante por los millones de muertos debido al COVID-19.

La mayor parte de lo que sabemos de la historia de Estados Unidos es la ficción sostenida por la clase en el poder. Tenía que incluir un grano de verdad para ser creíble, o por lo menos reflejar una experiencia suficientemente compatible con la realidad que se vive a diario. Para la clase dirigente, quiso decir asegurar que el capitalismo siguiera en plena expansión y que prosperara por lo menos un sector de la clase trabajadora. Los dueños hábilmente manipulaban las aspiraciones de los trabajadores que se sublevaban buscando mejorar su vida.

Los que estaban en el poder hacían todo lo posible para limitar cualquier movimiento a sus demandas inmediatas, encontrando diferentes formas de desviar y malograrlo y convertir las metas del movimiento en la mera sombra del futuro imaginado, a menudo radical. Lo hemos visto a lo largo de nuestra historia. Los esclavos y los blancos pobres lucharon por los ideales de la Revolución Norteamericana, sólo para ver sus esperanzas subvertidas por una élite colonial esclavista y comercial. Tropas de todas las razas se sacrificaron para ponerle fin a la esclavitud y el poder de los esclavistas, sólo para ver desgarrarse la democracia multirracial anhelada por la manipulación del racismo y la violencia desatada

por la clase gobernante del Norte y del Sur. Los que lucharon por una “Segunda Reconstrucción” de los derechos civiles más allá de unas pocas leyes de igualdad vieron frustrada su visión radical de la sociedad.

Estas luchas jamás fueron derrotas. Todo lo bueno de nuestro país se debe a la lucha de los trabajadores. Ellos jugaron un papel vital impulsando la sociedad: librándola de la férrea mano monárquica feudal, acabando con la esclavitud, poniendo fin a leyes de segregación y desigualdad legal, plasmando las aspiraciones históricas de generaciones de trabajadores.

Nuestra clase social ha vivido una historia de lucha, aprendiendo de la experiencia acumulada para dar el paso a la próxima etapa de la contienda. Al recrudescerse la opresión, la violencia y la miseria impuestas a nuestra clase, nos movilizamos una vez más para luchar por la sociedad que siempre hemos imaginado, sólo que esta vez nuestra visión de los nuevos Estados Unidos puede hacerse realidad.

Los procesos judiciales siempre han jugado un papel en esta historia de lucha. Son sólo una de las formas de pedir cuentas y justicia dentro del sistema por los crímenes de la clase gobernante contra la nuestra. Pero estos procesos no son sólo el enjuiciamiento de algunos individuos o delitos. Los acompaña la profunda historia de explotación y opresión que compartimos con los trabajadores de todas partes del mundo. Testigo tras testigo da fe del sufrimiento causado por los crímenes del capitalismo contra nosotros. El juicio del asesino Derek Chauvin forma parte de este gran ajuste de cuentas por esos crímenes, vinculando nuestra lucha aquí con la de millones de personas

de todas partes del mundo y con todo aquel buscando la verdadera justicia.

Para la clase dirigente, los juicios tienen otro sentido. Los utiliza para mostrarle a nuestra clase los peligros que conlleva la lucha y acallar nuestras demandas. Por otra parte, les sirve para fingir que las aceptan cuando sólo pretenden evitar más manifestaciones, así ganando tiempo para conspirar y maniobrar y debilitar nuestro movimiento.

Pero tras su “imperio de la ley” siempre acecha el imperio de la impunidad. Pensemos por ejemplo en los miles de afroamericanos que han sido linchados y asesinados por bandas de maleantes puestas en marcha por los gobernantes. Y, ¿cuántos hombres, mujeres y niños todavía mueren a diario a manos de la policía a pesar de la protesta de millones? ¿Cuántos juicios nunca se realizaron porque no servían los intereses de la clase dirigente? Recordemos los crímenes de aquellos que contaminan el ambiente, trafican en niños, cometen fraude en finanzas o vendiendo hogares y todo tipo de estafadores.

¿Cómo no ver la respuesta a la pandemia del COVID bajo el mismo prisma? Un reciente estudio calcula que, a nivel mundial, han muerto casi 7 millones de personas, casi el doble de los 3.4 millones actualmente reportados. El mismo estudio concluye que en EE.UU. las cifras reales son de más de 900,000 muertos y decenas de millones enfermos. Otro estudio reciente, ampliamente divulgado mediante la revista médica inglesa The Lancet, informa que un 40 por ciento de las muertes causadas por Covid-19 “podría haberse evitado si la tasa de mortalidad en EE.UU. hubiera reflejado el promedio ponderado de los demás países miembros del G7”. En este sentido, la clase dirigente ha tomado decisiones deliberadas y tienen que pagar por ello.

Hay cada vez más activistas, académicos, especialistas jurídicos y escritores de

todas partes del mundo denunciando a la clase gobernante global por sus “crímenes contra la humanidad” y discutiendo cómo hacer responsables a los gobiernos ante la ley internacional. En su lucha, hacen crecer las aspiraciones de nuestra clase por una sociedad que ponga en primer lugar el bienestar de la humanidad.

Al mismo tiempo, vemos que los raíces del problema son el capitalismo y el sistema de la propiedad privada. Los asilos de ancianos corporativos han dejado morir a nuestra gente mayor; los hospitales se han negado a pagar por el equipo protector que tanta falta hace; los políticos han permitido la manipulación corporativa de los precios: todo esto niega el valor del ser humano. En sus raíces, el crimen contra la humanidad es el propio capitalismo.

La aspiración a la justicia deriva de nuestra historia como clase social y renace constantemente, cumpliendo su misión de hacer que el mundo sea digno para toda la humanidad.

Y ahora es posible. Tenemos los medios para realizar todo lo que hemos soñado por tanto tiempo: proveerles a todos sus necesidades, sin importar su ingreso, su color, su sexo, su fe o cualquier otra categoría utilizada por los capitalistas para negarnos los medios de subsistencia. Se puede construir una casa en un día; se puede prestar atención médica y una educación de excelencia a todo el mundo; se puede respetar la cultura y poner fin a las fronteras; nuevas ideas pueden superar antiguas limitaciones.

La historia muestra que estas aspiraciones a la verdadera justicia no pueden realizarse sin una reestructuración radical de la sociedad. La inhumanidad con que el capitalismo nos ha marcado imborrablemente a todos seguirá igual si no vinculamos esa profunda aspiración a la justicia a una visión de la sociedad en que nadie sufra privaciones y no sea posible ni imaginar las atrocidades. **AC**

POLÍTICA EDITORIAL

Agrupar: reunir y poner en estado de orden a tropas con el fin de lanzar ataque

Camaradas: personas con quienes nos aliamos en una lucha o causa

En este período de creciente movimiento y polarización, *iAgrupémonos, Camaradas!* brinda una perspectiva estratégica para los revolucionarios al indicar e iluminar la “línea de marcha” del proceso revolucionario. Presenta un polo de claridad científica para los revolucionarios con conciencia, examina y analiza los problemas reales del movimiento revolucionario, y extrae conclusiones políticas para las tareas de los revolucionarios en cada etapa de desarrollo, de esta manera preparándose para las etapas futuras. Es un vehículo para alcanzar y comunicarse con los revolucionarios tanto afiliados a la Liga como también no afiliados a la Liga para realizar un debate y planteamiento y proveer un foro para éstas pláticas.

Editoras: Steve Teixeira, Mary Kay Yarak

Junta Redactora: Danny Alexander, Brooke Heagerty, Kimberly King, John Slaughter

Editor de Fotos: Daymon Hartley, Kimberly King

Para comunicarse con nosotros: RALLY@LRNA.ORG

Transformación del Sistema de Salud

Viene de la página 1

tóxicos y la justicia deliberada.

NO SE PUEDE VOLVER A LA “NORMALIDAD”

El brote de la pandemia y las revueltas del verano expusieron una creciente brecha en la sociedad. La humanidad está en un momento decisivo. El dominio de la propiedad privada, la injusticia que engendra y el Estado que la sostiene no son

compatibles con la supervivencia de la humanidad y el planeta. Buscamos una gobernanza en que la salud pública sea la vía a una sociedad humanitaria, no una forma de control del Estado. La normalidad que desarrollemos no se encontrará en el pasado, sino en un futuro que acoja la verdad: se trata o de todos nosotros o de nadie. **AC**